

Por aquel entonces los autobuses todavía paraban en la plaza. Y la plaza, aún con su fuente, era a mis ojos de quinceañero el cruce de caminos que en mi cotidianidad cruzaba diariamente.

Aquella noche de julio, bochomosa como una tormenta tropical, había cogido el último autobús del que era, casi, el único ocupante. Cuando ya había tomado uno de los asientos en la penúltima fila y esperaba somnoliento a que el conductor cerrara las puertas, por asalto entró un joven de unos escasos veinte años que, airado, se sentó justo delante de mí. La azorada incomodidad que me produjo el sentir invadido un espacio que deseaba solo para mí, y sin comprender por qué ese chico debía sentarse tan cerca teniendo el resto de plazas disponibles, hizo que me despejara justo al tiempo que el autobús se ponía en marcha.

Al otro extremo del vehículo, y del lado contrario, distinguía al conductor bajo una gorra azul. Parecía, mientras conducía, ir mascullando algo para sí o los fantasmas del recuerdo. Debía, supuse, de estar agotado después de una larga jornada de trabajo que tocaba a su fin.

Frente a mí, la nuca de mi acompañante silencioso, que me hacía imaginar una tez cetrina y tersa, ocupaba buena parte de mi campo de visión. Había decidido reposar la cabeza contra el cristal mientras consultaba ensimismado su móvil. Al encenderse, la pantalla arrojó un potente haz de luz azulada que rompió el tono lechoso que envolvía el interior del autobús. Me fue imposible no fijar la mirada en ella: mi acompañante estaba intercambiándose mensajes con alguien a quien decía en francés que ya estaba de camino a casa y que le esperase despierto. Al final de cada mensaje mi acompañante escribía *je t'aime*.

Al otro lado, la oscuridad del cielo acariciaba los límites de la medianoche. En una noche tan despejada como aquella las estrellas brillaban con más brío que de costumbre y la luna menguante parecía mecerlas en su vientre. Recuerdo que entonces me encantaba imaginar cómo sería quedarse allí, varado en mitad de la nada oscura, oculto en el negro manto de la madrugada. Era una gótica sensación que mezclaba el terror y la libertad. No sabía, entonces, que a la intangible libertad se llega por lo común después de haber experimentado lo terrible.

Los escasos diez kilómetros que separaban Torrejón de Ardoz de Ajalvir se me solían pasar volando con la digestión de la euforia que la noche del viernes inyectaba en mi corazón adolescente, pero algo cambió aquella noche. Sin poder explicarme por qué, me vi pensando en quién estaría recibiendo aquel *je t'aime* al final de cada SMS.

El reflejo en el cristal me dejaba intuir algunos rasgos del rostro de mi acompañante. Era, como creía haber intuido, un joven apenas unos años mayor que yo, de ojos negros como la noche y una mirada rasgada que parecía otear, sensual y misteriosa, el infinito. De labios carnosos, en el margen derecho de su boca se asomaba un lunar como una solitaria estrella

de luz oscura en mitad de un cielo de piel aceituna. Su pelo, de un profundo azabache, se vertía sobre su frente a través de un gracioso racimo de bucles. Era, ahora lo sé, arrebatadoramente guapo, pero en ese momento yo no quería, o no podía, darme cuenta.

Ahora, yo también había dejado apoyada mi cabeza contra el cristal, y en nuestra soledad ambos parecíamos mantener una conversación en silencio, cosida a palabras de un idioma inaudito. Desde la distancia la mirada cansada del conductor se posaba sobre nosotros al tiempo que cada *je t'aime* iba directo a mi corazón como una aguja a un alfiletero.

En mitad de la noche el autobús parecía introducirse en un territorio ignoto. Ojalá, me sorprendí pensando, nos quedáramos allí varados ahora que me sabía acompañado. Mi antiguo sueño gótico convertido, de pronto, en un anhelo de terror romántico. Nuestro reflejo se fundía en negro como dos riachuelos de agua opaca que dieran, por fin, con el mar. Era imposible que él no fuera consciente de nuestra cercanía, de mi mirada traviesa sobre su móvil, de nuestros alientos abrazándose en el gas invisible que nos envolvía.

Y no, aún no me explico de qué manera la amnesia había cubierto lo acontecido poco antes, cuando, aún lejos de tomar el autobús de vuelta a casa, reía a mandíbula batiente la última ocurrencia de una u otra amiga, y ahora solo podía pensar en mi acompañante, al que, en la nube de mis pensamientos, había comenzado a llamar Ganimedes.

Mientras observaba su rostro, cada vez más abstraído, me sentía mecido por el rugido del motor que rompía el silencio de una noche solitaria por cuya carretera apenas conducía nadie más. Éramos dos miradas cruzadas a través de un reflejo en medio de un mundo deshabitado, un relámpago de luz negra en mitad de mi melancolía adolescente.

Pronto las luces fueron ganando la partida. La carretera iluminada a su llegada a Ajalvir rompía el hechizo de mi sueño. Casi al unísono, y mientras el autobús y su rugido ascendían por la calle Carril, separamos nuestras cabezas del cristal. El sortilegio de nuestro reflejo se diluyó en el segundo que tardamos en colocarnos de forma erguida ahora que la velocidad aminoraba en su proximidad con la parada ubicada en la plaza. ¿Había sido esa magia de amor tan solo el producto de un frágil sueño?

Salí del autobús tras mi acompañante, que parecía querer esperar a que bajara para decirme algo. Después de un instante en silencio y sin que ninguno de los dos diera un paso, él comenzó a andar en la misma dirección que yo debía tomar hacia mi casa. Le seguí a medio metro de distancia, guiado de nuevo por la nuca que había ocupado mi campo de visión.

Llegados a un cruce de calles y viendo que nuestros caminos iban a separarse, paramos nuestros pasos y nos sostuvimos la mirada sin decirnos nada. Él me miraba a los ojos en los

que se adentraba como si de nuevo escrutara el infinito. Sin mover los labios noté que me sonreía.

No supe qué sentí al oír su voz:

—Me llamo Said. Y soy de Marruecos.

—Yo, Ramón. De Ajalvir.

Sonreímos.

Llegué a casa flotando como presa de un huracán únicamente percibido por mí. Volví a notar el suelo bajo mis pies solo después de percibir la mirada indiferente de mi hermana mayor:

—Menudas horitas de llegar, enano. Mamá te ha dejado un poco de cena en el frigorífico. Sírvete tú mismo, yo ya subo a la cama.

Y allí, en medio de nuestra cocina a oscuras, y ajeno al desdén de Silvia, me quedé saboreando el dulce sabor de un sentimiento que jamás había experimentado. Amor fue lo único que cené aquella noche.

Ya en mi cuarto me lancé a por mi viejo libro de mitología en busca de unas palabras casi aprendidas de memoria, y leí lo siguiente:

“Ganímedes: joven príncipe troyano de cautivadora belleza al que una mañana, mientras pastoreaba a su ganado, raptó Zeus transformado en águila y fue ascendido por él al Olimpo donde lo convirtió en su amante y copero. En palabras de Homero: ‘comparable a un dios, que fue el más bello de los hombres mortales’”.

Extasiado por haber dado con el verdadero Ganímedes aquella noche, me encontré, aún levitando, un sueño profundo.

Durante los primeros días que siguieron a esa noche no hice otra cosa que pensar en Said. En mi rutina diaria por Ajalvir no volví a dar con él, por lo que pronto cambié mis costumbres para provocar el encuentro: por las mañanas tomaba de camino a mis clases de refuerzo autobuses distintos y me quedaba sentado en la fuente de la plaza, esperando que él apareciera en el último segundo. En mis ratos libres, por las tardes, o bien me perdía por las calles menos transitadas del pueblo a la espera de que, de pronto, saliera de algún portal, o bien tomaba el camino hacia el polideportivo, ojo avizor. Con la misma esperanza pasaba horas en la piscina, y al caer la noche volvía a dar un paseo por las calles aledañas a la iglesia. Pero nada. Su presencia parecía haberse evaporado con la misma rapidez que una gota de agua desaparecía bajo el sol de aquel desértico mes de julio. Pasaron dos viernes sin que él apareciera, por asalto, en el último autobús de la noche.

Me había dado por vencido en mi búsqueda hasta que llegó aquella mañana de principios de agosto en la que volvía a casa con la mirada gacha. Al otro lado de la solitaria calle que debía cruzar estaba él, de brazos cruzados, apoyado contra la pared encalada de una vieja casa. Me miraba con la misma mirada de aquella noche con la que, diríase, leía pensamientos a los que yo aún no ponía nombre, y me sonreía, de nuevo, sin que sus labios parecieran hacerlo. Me acerqué, torpe, a él, y apenas pude balbucear un “hola, Said” antes de desaparecer calle abajo. Qué estúpido me sentí al llegar a casa. Me encerré en mi habitación colmado de ira contra mí mismo y mi cobardía. ¡Tanto tiempo esperando y no me había atrevido a decirle nada! Con el alma al rojo vivo no podía continuar entre esas cuatro paredes, así que corrí a casa de una amiga. No sé cuántas horas pasé allí, pero al salir, ya de noche, y pasar por el silo, que a oscuras siempre me pareció el hogar de un gigante tenebroso, sentí un escalofrío. Y allí, bajo la tenue luz de la única farola encendida, estaba él, sonriéndome ahora ya no solo con la mirada.

No hubo palabras. Su mano se posó sobre la mía; sentí la calidez del viento que hace migrar a las dunas en su viaje eterno y echamos a andar. Pronto dejamos atrás las luces de Ajalvir y cruzamos al campo. Sentí bajo mis pies la tierra fértil de mi pueblo solo iluminada por una luna menguante. Nos adentramos hasta que él me obligó a parar y mirar al cielo. Una estrella fugaz alumbró por entero el firmamento un solo instante. Entonces, en medio de aquella oscuridad posterior, me besó como solo se besa en los sueños.

Aquella fue la última vez que vi a Said.

El autobús que conduzco ya no parará en la plaza. El par de jóvenes se prepara para salir ahora que he aminorado la velocidad. Se han pasado todo el trayecto solos, entrelazando sus miradas a través del reflejo que les devuelve el cristal; uno mirando la pantalla del *smartphone* del otro, el otro sonriendo al uno con el lenguaje secreto de los párpados enamorados, y ajenos, ambos, a mi mirada por el retrovisor.

Suspiro al tiempo que freno. Qué rápido pasan veinte años. Me ajusto la gorra azul de mi empresa mientras los veo bajar y me sorprendo mascullando algo para mí.

Para mí o los fantasmas del recuerdo.